

¿Qué es esto? dijo asombrado
El infeliz don García
¿Pensabais pues que vendría
Mi palacio á conquistar?
¿Porqué os acogeis al templo?
¿Qué es esto, gente menguada?
Pero la turba callada
Ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándose el conde
En la mansion religiosa,
Y el semblante de su esposa
No alcanzando á ver allí
Asió con ira del cuello
Al que topó mas cercano
Y con la daga en la mano,
Le dijo iracundo así:

¿A dónde está la condesa?
Di ó mueres tras mi demanda.
Y el eco murmuró: —*anda*;
Porque la turba calló.
Hablad por Dios, dijo el conde;
Vuestro dolor ¿qué me arguye?
¿Dó esta mi Argentina? —*huye*
El eco sordo gimió.

Rompió en sollozos la gente
Y humillada y temerosa
Dobló la faz vergonzosa
Con la tierra hasta tocar;
Y entendiendo don García
Todo el valor de su duelo,
Los ojos puso en el cielo
Gimió... y los tornó á bajar.

En vano por consolarle,
Sus amigos se afanaron,
Sus pueblos le victorearon,
Y la gloria le aduló;
El se encerró en su aposento
Y en soledad noche y día,
La razon y la porfia
Igualmente desoyó.

Al hacerle reflexiones,
Amigos, fieles y viejos
«No necesito consejos
Respondió, sé como obrar.»
Y aunque adusto y cabizbajo,
Bien en su faz se veía
Que algo resuelto tenia.
Imposible de mudar.

CAPÍTULO III.

EN QUE SE CUENTA MALAMENTE UNA AVENTURA
DIGNA DE SER MEJOR CONTADA.

De un montecillo extraviado
Sobre la empinada loma,
Como escondida atalaya
Puesto entre Francia y Borgoña
Hubo segun un cronista
Allá en edades remotas
Un castillo inhabitado
De manos francesas obra.
Pertenece en los tiempos
A que alcanza nuestra historia,
A un segundo pendenciero
De familia poderosa.
De modo que en su recinto
Roido por la carcoma,
No habia mas que un alcaide
Con guardia holgazana y poca.
Y como donde hechos faltan
Fábulas del vulgo sobran,
De él relataban mil cuentos
Los pueblos á la redonda.
Todo invenciones acaso,
Mas siempre lo falso apoya
Alguna verdad oculta
Entre mentiras de monta.
Y es así que no hay castillo
Ruinoso, ni ermita sola
Donde mil negras visiones
Crédulo el vulgo no esconda;
Mas no hay una de esas fábulas
Imposibles y espantosas

Que no haya tomado origen
De un hecho que el vulgo embrolla.
Tal era nuestro castillo,
Mansion solitaria y lóbrega.
Vivienda, según el pueblo,
De fantasmas y de sombras.
Jamás se abrían sus puertas
Sino á medias y á deshora;
Jamás por ellas entraban
Sino á lo mas dos personas.
Nadie por ellas salía
Tras conversacion sabrosa,
Ni aun en busca de viandas
De gente que existe propias.
Todo lo cual era cierto,
Porque el alcaide en Perona
Almacenaba por años
Su provision, que aunque corta
Bastaba para su gente,
Que descuidada y ociosa
En la ciudad se ocupaba
Todo el año sin zozobra.
Y en esto siempre sus amos
Hicieron la vista gorda,
Pues nunca anduvo la paga
De la guarnicion de sobra.
Ellos se buscaban vida
En la ciudad mas gustosa
Donde hallaban amos ricos,
Juegos, pependencias y mozas.
Y en caso de una imprevista
Necesidad poderosa,
Siempre en el castillo hallaban
Casa grande y mesa sóbria.
Los años de nuevecientos
Y ochenta y seis, (ó era próxima)
Corrían cuando una noche
Oyó el alcaide á deshora
Al otro lado del foso
Producida en una trompa
Aguda señal de aviso
Que redoblaba imperiosa.
Bajó el puente y en el patio
Entróse sin ceremonia
Un hombre que dijo á voces

Desde el caballo que monta.
—¡ Ola alcaide! vuestros amos
Llegan mañana á estas horas.
—Mañana! exclamó el alcaide,
Válganos nuestra señora
Del Hoyo, y están las gentes
En la ciudad.

—Nada importa,
Buen viejo, repuso el otro,
Los amos traerán su escolta,
Y á mas el secreto encargan
Y grande.

—Secretos... ¡ oiga!
—Y así que todo esté listo,
Y nada de ir á Perona
A garlar como mujeres,
¿ Con que lo oye? punto en boca.

Metió su jaco en la cuadra,
Tomó la escalera lóbrega
De la torre y pidió al punto
Cena fuerte y cama cómoda.
Y por mas que ensartó el viejo
Unas preguntas tras otras
No le sacó mas palabra
Que *estad listo y punto en boca.*

Y no mintió el mensajero
Pues de su lecho de rosas
Del dia siguiente apenas
Se levantaba la aurora,
Cuando el señor del castillo
Sobre una yegua fogosa
Cruzaba el puente, seguido
De unas catorce personas.
Dos eran damas cubiertas,
Con largos velos, las otras
Criados, y gentes de armas
De faz amenazadora.

Y en verdad que su talante
Y aparicion misteriosa
Nada de bueno auguraban
A hablar como gente de honra.

Tenia aquel castillo
Todo en redor del monte en que se alzaba
Un frondoso y ameno parquecillo
Donde un arroyo limpio murmuraba ;
Y entre guijas bullendo ,
Por entre árboles mil serpenteando ,
Ya en remansos sus aguas deteniendo ,
Ya por cuevas sus aguas despeñando ,
El parque por do quier iba cubriendo
De gruesos chopos ó de césped blando
Dando al par su corriente cristalina
Música y sombra á la mansion vecina.
El espeso follaje
Y la fresca extension de su ramaje
Entoldando la yerba en el estío ,
Y en el invierno crudo
Guardando el valle contra el cierzo frio
Penetrante y agudo ,
A la paz y al reposo convidaban ;
Y así á su rica amenidad venian
Y en su centro anidaban
Mil avecillas que hasta allí llegaban
Y contentas en él se guarecian.
No habia allí tocado por fortuna
Del hombre protector la torpe mano ;
Y sin lesion alguna
Prosperaba en invierno y en verano.
En sus cuadros campestres
Sin ayuda de riegos, ni semillas,
A su capricho y voluntad brotaron
Mil rosales silvestres,
Que del agua las márgenes bordaron
Con varia multitud de florecillas ;
Y en medio de ellas sin pudor se alzaron
Tal vez de sus colores envidiosas
Amapolas y malvas temblorosas ,
Romero y madre selvas amarillas.
Ni tampoco faltaron
En el vicioso césped escondidos
Los lirios por el sol descoloridos ,
Los jacintos morados ,
Las anchas acederas ,
Las pródigas junqueras ,
Y las altivas y sonantes cañas
Rodeadas de mimbres y espadañas ;

Y aun al pié de una peña guarecidas
Del cierzo y de las ráfagas inquietas,
Se levantaron de perfume henchidas
Tempranas y odoríferas violetas.
Aquí pues una tarde
Ya cercano á su fin el claro dia,
Al pié de una cascada
Que la corriente hacia
Por encima de una peña despeñada,
En el mullido césped recostada
Una niña hermosísima se via.
La sien sobre la mano,
Sobre la yerba el codo
Permanecía inmóvil de tal modo
Que alguno la juzgara fácilmente
De acertado escultor obra excelente
Trasunto de un modelo soberano.
Sus dulces ojos de tristeza llenos
Fijos en la corriente fugitiva
No brillaban amantes y serenos,
Antes ¡ay Dios! de lágrimas henchidos,
Y á traves de una lágrima ardorosa
Miraban la corriente distraidos
Con expresion doliente y lastimosa.
Y su frente nublada
Con hondos pliegues de dolor sulcada,
Su faz descolorida y ojerosa,
Y sus mejillas faltas
De su matiz purísimo de rosa,
Demostraban bien claro
Que en su cándido espíritu inocente
El pesar se cebó traidoramente.
Ella en sus pensamientos embebida
De su propio aislamiento se olvidaba,
Y el aura estremeciéndole atrevida
Los ligeros adornos,
Con que cubierta su beldad llevaba
Sus puros y bellísimos contornos
Descubria á tracion cuando pasaba.
Y el hombro torneado,
Y el trasparente cuello,
Y el pecho entre los rizos mal velado
De su rubio cabello
Por la espalda y los hombros destrenzado,
Y sus menudos piés mal escondidos

Entre los pliegues de la suelta falda
Deshechos á los soplos atrevidos
Del aura licenciosa,
Todo sin gran pesar lo descubria
La vista cuidadosa
De un viejo peregrino que subia
Por la empinada cuesta trabajosa.

Y aunque avanzaba el viejo
Cada vez con mas prisa y mas recato
La niña sin consejo
No curaba abismada en su amargura
Los hechizos velar de su hermosura.
Y así mientras el viejo peregrino
Por la cuesta subia
Con cada pié menguando su camino,
La hermosa niña sin temor yacia
A sus solas llorando su destino.

Llegó por fin donde el arroyo manso
Para rodar mejor por la cascada
Parándose tenaz labró un remanso,
Y con voz cariñosa
Y sonrisa halagüeña
Dijo á la niña «¿Qué haces, Blanca hermosa,
Tan sola en esa peña?—»
Y en sí volviendo con su voz la niña
Los ojos en redor tendió asombrados
Y ¡Quién me nombra! preguntó risueña.
—¿Quién sino yo, la replicó el viajero,
Que de tu mal dolido
Librarte dél ó consolarte quiero?
—¡ Ay señor! dijo Blanca suspirando,
Que completo mi mal no habeis sabido
Cuando me estais remedios augurando.
—¿Quién sabe ¡ pobre niña! si mi ciencia
Podrá alcanzar para tu mal remedio?
—¿ Tan sábio sois?

—Tan sábio,

Que si tal vez me cuentas por tu labio
Todo el mal que padeces
Creo tener para curarte medio.
Quedó Blanca mirando al peregrino
Tal promesa y palabras escuchando,
Y á su lado sentándose el buen hombre
Destá manera á Blanca siguió hablando.
—¿ No es tu padre un hidalgo poderoso

Señor de ese castillo?
Dí ¿ no es tambien tu madre
Esa hermosura de quien es esposo?
—¡ Ay! ni él parece á la verdad mi padre,
Ni ella fué nunca sino monstruo odioso
Que me robó mi paz y mi ventura,
Envidiosa tal vez de mi hermosura.
—¿ Con que es tan bella y tan...
—No hablemos de ella?

Que solo con oír su nombre infando
Se me estremece el corazon temblando,
Y por ella no ceso
De vivir suspirando.
—¿ Tan dañina ha de ser quien es tan bella?
—Creedme que lo es: por ella solo
Yo que nací contenta y virtuosa,
Yo que siempre viví tranquilamente
¡ Ay! de oveja inocente
Me he trocado en serpiente venenosa.
Porque nací señora
Y ella esclava me ha hecho,
Menos que esclava sí, que á cada hora
Con el puñal agudo
De una injuria mortal me hiere el pecho.
Ella me hizo á mi padre aborrecida,
Y así ¡ ay de mí! cuando á mi padre acudo
Él maldice colérico mi vida.
Porque todo su amor, por ella hurtado,
Ella solo lo tiene, y avarienta
Del cariño y del oro
Que mi misero padre la ha mostrado,
Las tristes horas de mi vida cuenta
De su amor heredera y su tesoro.
Y así paso la vida
Viéndome á todas horas despreciada,
Sin duelo castigada
Mi belleza si existe y maldecida.
Y dan por hijas de una mente loca
Las sentidas razones de mi boca,
Llamándome si misera me quejo
Atrevida mozueta sin consejo.
Y los viles vasallos que me miran
Tan sola y sin amparo
No hallan en injuriarme algun reparo,
Y olvidando el respeto que me deben

Todos á la hija del señor se atreven.
Y yo ¡triste de mí! sin mas consuelo
Que llorar á mis solas con mi duelo,
De los míos mofada y los extraños,
Sin esperar favor de tierra y cielo
Huir contemplo mis floridos años;
Y á solas me consumo,
Y en lágrimas mi vida se deshace
Cual flor que el rayo desvanece en humo.

Y así diciendo la apenada Blanca,
Con iracunda mano
Los bellos rizos de su frente arranca,
Y ofende su semblante soberano,
Maldiciendo á la faz del peregrino
La injusticia fatal de su destino.
Hasta que él sujetándola los brazos
Y teniéndola en nudo cariñoso
Asida dulcemente,
Con amorosa voz y acento amigo
La dijo así teniéndola consigo:
—Serena, hermosa mía!
Serena sí, tus ojos de paloma,
Que ya feliz de tu ventura el día
Por el oriente purpurino asoma.
Escucha ¡Blanca bella!
La voz enamorada
De tu libertador, y oirá en ella
Tu alma acongojada
Consoladora música encantada.

Yo nací ¡oh Blanca! en tierras muy remotas
Rico y feliz, pero la suerte avara
Dicha muy en breve me vendió muy cara;
Todas al fin mis esperanzas rotas
Juguete de la suerte me hallé un día,
Y en brazos me lancé de la fortuna
De ella y de mí sin esperar ninguna.
Largo tiempo á través de las fatigas
Erré cruzando el arenal del mundo
Ya por campo feraz rico de espigas,
Ya por campo erial lleno de espinos,
Ya por montaña estéril,
Ya por valle fecundo
Surcado por arroyos cristalinos,
Del invierno arrostrando los furores
Y expuesto del verano á los ardores.

Pasé al fin por tu patria ¡Blanca hermosa!
Y al punto en que te vi, ciego y sin tino
Corriendo tras tu huella luminosa
Perdí mi pensamiento y mi camino.
Lancéme tras de ti, seguí tus pasos,
Atravesé la Francia,
Y llegué de Borgoña á la frontera
Siempre en pos de tu rápida litera.
Ahora responde ¡oh Blanca! yo soy dueño
De un país rico y fértil y lejano,
Esto que ves en mí todo es un sueño;
Este viejo disfraz con que me embozo
Encubre como ves un noble mozo;
Si me quieres seguir, esta es mi mano.

Y así hablando el fingido peregrino
El bizarro semblante
De su postiza barba separada,
Y su semblante juvenil mostraba
De valor nobilísimo radiante.
Y la niña infeliz le contemplaba
Cual bella aparición que ante la vista
El viento cruza y en el viento posa,
Y vá sobre una ráfaga imprevista
Iluminando el aura vagarosa.

Con sonrisa pueril, con mano incierta
La creída vision contempla y toca,
Y á concebir no acierta
Una idea su mente, un ¡ay! su boca.
Que la triste al pesar acostumbrada
Inaccesible al bien escucha y mira
Y á la voz del placer embelesada
Tal vez por no ahuyentarle no respira.

Mas mientras ella goza
Con la idea del bien que aun no comprende,
Y el pensamiento con los ojos tiende
Por el azul espacio cristalino,
Siguió de esta manera el peregrino:
—Blanca pura y hermosa!
Yo te puedo tornar rica y dichosa:
Yo puedo sustraerte
Llevándote conmigo
De una existencia triste y trabajosa,
Que acaso ¡ay Dios! te llevará á la muerte.
Pero tu honra es primero,
Y pues nací con honra y caballero

Obtendré de tu padre la licencia,
O forzaré su gusto
Si á nuestro bien opone resistencia.
—¡Ay! si de él esperais consentimiento
Jamás le otorgará!

—Con tiempo y maña
Todo es fácil. Yo tengo un pensamiento
Que ayudándome tú ¡querida mía!
O neciamente el corazon me engaña,
O de tu libertad despunta el dia.
Escucha, Blanca, bien, en el sosiego
De una tarde serena
Cuando tu gente salga
Por la floresta amena,
Al compás de un laud el peregrino
Cantará dulcemente
Los himnos del monarca penitente.
Y la música ¡oh Blanca!
Es talisman que lo imposible vence
Y del alma mas terca y mas bravia
El pensamiento mas feroz arranca.
Por una sola noche
Demandaré un albergue en el castillo
Y sin que nadie á sospecharlo alcance
En el silencio de la noche umbria
A solas con tu padre razonando
Lograré que consienta; y mas llegando
A saber con mi nombre
La razon de dejar la patria mia.

Y aqui corta el cronista
De quien copio esta historia
El hilo de su cuento, y no hallo justo
Poner yo lo demas de mi memoria.
Solo nos dice al cabo de dos hojas
De inútil razonar, que ambos amantes
De una acacia á los piés se despedian,
Jurándose por vida ser constantes
Al amor que los dos se prometian.
Lo que el viejo hablaria no se sabe,
Mas creo que seria bueno y mucho
Pues era en tales lances harto ducho
El tal romero, y el negocio grave.

Ello es, caro lector, que anocheceia,
Y apartados al fin, con paso lento
Cada cual á su albergue se volvia,
Él al lugar á meditar su intento,
Y ella á sus torres á esperar el dia.

CAPÍTULO IV.

EN DONDE VERÁ EL LECTOR, SI TIENE PACIENCIA, EL
FIN DE LA COMENZADA HISTORIA.

Era una noche del abril serena,
La luna en el cenit resplandecia
Y el aura erraba de perfumes llena
Que en las tempranas flores recogia.
De esas noches azules, deliciosas
Que solo ideas del placer producen,
Y que solo para almas venturosas
Para escenas de amor voluptuosas
Con fugitivos resplandores lucen.
Todo yacia en lánguido reposo
En torno del castillo solitario,
Circundado de ambiente vaporoso
Cuyo velo entoldaba misterioso
La lejana extension del campo vario.
Todo en tranquila soledad yacia,
Y solo alguna vez lánguido y lento
Partido en frases sin compás se oía
Un pausado cantar que se perdia
Por la tranquila cavidad del viento.
Y esta es la única voz que muchos años
El nocturno silencio ha interrumpido
De este castillo triste abandonado,
Y esta es la única voz que han repetido
De sus bóvedas hondas por los huecos
Los recónditos ecos
Y á los acentos del placer extraños.

Las aves que se anidan
En sus rotas almenas
El insólito canto oyen medrosas,
Los pardos ojos asomando apenas
Por las grietas añosas.
Y con el son extraño desveladas